



Flavia Costa
Tecnoceno: algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Taurus
2021
192 páginas

PALABRAS CLAVE: TECNOCENO – BIG DATA – PANDEMIA – HACKTIVISMO

KEYWORDS: TECHNOCENE – BIG DATA – PANDEMIC – HACKTIVISM

El malestar digital en la cultura: síntomas y desafíos

Anaclara Pugliese¹

¿Cuáles son las principales tareas que nos urge afrontar en un futuro pospandemia? ¿Cómo repensamos las consecuencias del “shock de virtualización” producto de las medidas de aislamiento? ¿Qué dicen de nosotros los datos que dejamos como huellas de nuestro paso por Internet? ¿Cómo construir formas de vida alternativas, es decir, de qué manera conducir la innovación digital con imaginarios tecnológicos, sociales y subjetivos superadores? ¿En qué sentido ciertas obras de arte, a partir de la reapropiación crítica de los dispositivos tecnológicos, invitan a pensar para ellos la posibilidad de usos no hegemónicos, disidentes? Estas preguntas, entre otras, guían el discurrir de *Tecnoceno: algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*, de Flavia Costa. Resultado, por un lado, de una serie de investigaciones iniciadas por Costa en 2016 sobre tecnologías de la vigilancia y, por el otro, del impulso que tomó la autora a partir de la escritura del artículo “La pandemia como ‘accidente normal’” publicado en abril de 2020 en la revista *Anfibia*, el libro se centra en los desafíos que trae el nuevo ambiente tecnológico y cultural, en el “shock de virtualización” que se hizo evidente durante la pandemia.

¹ Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Rosario. Mail de contacto: anaclarapugliese@gmail.com

En “Introducción. El vértigo del salto de escala”, luego de definir a la pandemia del coronavirus como un “accidente normal”, Costa aclara qué es lo que entiende por “Tecnoceno”. Siguiendo sugerencias de Peter Sloterdijk, de Jean-Luc Nancy y de Hermínio Martins, lo define como “la época en la que, mediante la puesta en marcha de tecnologías de alta complejidad y altísimo riesgo, dejamos huellas en el mundo que exponen no solo a las poblaciones de hoy, sino a las generaciones futuras, de nuestra especie y de otras especies, en los próximos milenios” (2021: 9). Al utilizar el término Tecnoceno, Costa realiza una especificación en relación con otro término surgido en el 2000 y muy debatido durante los últimos años, el de Antropoceno, propuesto por Paul Crutzen, un químico atmosférico holandés. Lo hace, según aclara, con la intención de destacar la expansión técnica, las infraestructuras y las energías desarrolladas, así como otros autores -al hablar de Capitaloceno- resaltan la cuestión de la economía política y de las relaciones sociales que promueve la acumulación capitalista como los nodos centrales que propiciaron la actual inflexión. Dentro de una serie de hechos que Costa enumera, ocurridos en la década de 1970 -momento del Tecnoceno en que se aceleran tendencias previas- destaca, en 1979, el más grande accidente de energía nuclear ocurrido hasta ese momento, en Pensilvania. Fue a partir de éste que el investigador estadounidense Charles Perrow desarrolló la idea de “accidente normal” a partir de la que Costa propone pensar la pandemia. Estos accidentes “son inseparables de la productividad del sistema, de su desarrollo, de su incremento y de las contingencias que siempre se abren cuando se dispara una acción tecnológica hipercompleja hacia el futuro” (Costa 2021: 14). Así, la conjunción entre el volumen aceleradamente creciente de la especie humana, la degradación de los ecosistemas -producto de los desarrollos científico-técnico-industriales- y la profunda desigualdad imperante dejan al planeta en un escenario en extremo vulnerable.

En cuanto a lo metodológico, para poder atender a la pregunta fundamental “¿qué hacer?”, Costa describe y analiza críticamente el trabajo de algunos artistas, no solo porque “los artistas subvierten, resignifican o directamente suprimen la utilidad científico-técnica con finalidades reflexivas, expresivas, activistas” (23), sino porque además “proponen nuevas miradas sobre el status de los elementos que integran lo existente; exploran las continuidades y las fronteras entre las especies, así como entre lo natural y lo artificial” (23).

En el primer capítulo, “*Big data*, algoritmos y el nuevo orden informacional”, la autora retoma el concepto de biopolítica de Michel Foucault para describir el poder típico del Tecnoceno en su fase actual, el de la extracción de datos mediante nuestras actividades como usuarios de Internet. Este poder, por un lado, logró “desarrollar un *medio*, un mundoambiente del que no podemos salir porque somos cada vez más dependientes de él (la red)” (48) -sobre todo después de la pandemia de covid-19- y,

por el otro, “junto con él, en él y a través de él, toda una batería de tecnologías y aplicaciones orientadas a predecir y conducir los comportamientos, las emociones y los apetitos de las personas” (48). A continuación, mediante el análisis de algunas obras artísticas que resignifican y “profanan” las tecnologías de identificación basadas en material genético -sobre todo de la artista bio-hacker Heather Dewey-Hagborg-, en el segundo capítulo, titulado “Hactivismo, biometría y vigilancia genética”, Costa observa que, si bien, en líneas generales, desde la política, la academia y la ciencia no se cuestionan ciertos usos arbitrarios y excesivos de tales técnicas, “al menos en los países centrales de Occidente, están siendo los artistas, los diseñadores y las organizaciones no gubernamentales quienes más han visibilizado la pregunta por los usos abusivos de estas tecnologías” (85).

En “Formas de vida infotecnológicas”, el tercer capítulo, define, partiendo de lo propuesto por el sociólogo británico Scott Lash, la emergencia de nuevas formas de vivir que denomina “infotecnológicas”:

Este término se refiere a un nuevo modo de habitar el mundo que implica dos grandes transformaciones: en el plano de nuestra manera de comprender y significar, interpretamos el mundo por medio de sistemas infotecnológicos. Y en el plano de la ontología, los sistemas infotecnológicos se han superpuesto en buena medida a los sistemas biológicos-naturales, y en algunos casos incluso, se han fusionado con ellos (101-102).

Esta “infotecnificación” de nuestras vidas alude, por un lado, a los procesos productivos automatizados y a los vínculos sociales atravesados por medios masivos, entre otros factores; pero, por otro, a las formas en las que la tecnología ingresa en nuestro cuerpo, bajo nuestra piel, por ejemplo, con implantes, operaciones, terapias genéticas y medicamentos que mejoran la memoria desde una concepción del individuo como “capital humano” rediseñable, como organismo optimizable en sus recursos.

Finalmente, en el epílogo, “El malestar en la cultura digital”, -retomando el título del famoso ensayo freudiano de 1930- Costa se pregunta por los retos urgentes que impone la nueva era digital para el país y la región, especialmente después del “shock de virtualización” que provocaron las medidas de aislamiento durante la pandemia. Agrupa todos los interrogantes surgidos en el desarrollo del libro en cuatro grandes desafíos: el primero tiene que ver con la vigilancia y la posibilidad de protección de los datos personales de los ciudadanos. ¿Cómo hacer frente a la conjunción de ingentes cantidades de información digital y una vigilancia omnipresente? ¿Cómo proteger los datos personales en una época en que mantenerse fuera de línea, al margen de aplicaciones y plataformas, no parece ser una opción

posible? ¿Cuáles son las condiciones básicas para crear una “democracia digital”? Dos condiciones podrían ser, desde su perspectiva: en primer lugar, implementar una política de soberanía tecnológica, desarrollando infraestructura de *hardware* y de *software* de código abierto. En segundo lugar, revisar periódicamente y, en algunos casos, limitar términos y condiciones de empresas que obligan a aceptarlas para acceder a servicios que se volvieron básicos y a los que no se puede ingresar sin la mediación de ciertas aplicaciones.

El segundo desafío se relaciona con los vínculos que deberemos formar con las empresas que brindan servicios informáticos. ¿Cómo limitar los poderes de las empresas tecnológicas? Algunas propuestas son ampliar la infraestructura nacional y regional, impulsar el desarrollo de cooperativas para descentralizar los poderes de las empresas de las comunicaciones y desarrollar *software* abierto para las administraciones públicas. El tercer gran desafío tiene que ver con la crisis medioambiental que el Tecnoceno viene acelerando, y que la pandemia puso en foco. Por último, el cuarto desafío es analizar las consecuencias que la vida digital produce en las subjetividades.

Todos los desafíos propuestos podrían resumirse en la siguiente formulación, con la que Costa cierra el libro de forma sintética y urgente:

La tarea inaplazable de nuestro tiempo es prevenir los próximos “accidentes normales” de una IA diseñada según un *código técnico* de competitividad no sustentable, que profundiza las desigualdades y es, en definitiva, poderosamente destructiva. Acompañar la innovación digital con nuevas y mejores imaginaciones sociales, culturales y subjetivas *en su propio terreno* es quizá la misión más importante del presente y del futuro (173-174).

Así, volvemos a lo referido en la cita de Günther Anders que abre el libro a modo de epígrafe: “Podríamos llamarnos ‘utopistas invertidos’: mientras que los utopistas corrientes son incapaces de producir realmente lo que pueden imaginar, nosotros somos incapaces de imaginar lo que realmente estamos produciendo” (175). En este sentido, *Tecnoceno* tiene el mérito de activar la imaginación en medio de un mundo gobernado todavía por un “utopismo invertido”. No solo porque Costa define a la pandemia como “accidente normal”, sino porque a partir de allí se dedica a visualizar los posibles “accidentes normales” de un futuro no muy lejano.

Referencias bibliográficas

Anders, Günther (2019). “Tesis para la era atómica”. *Estudios Latinoamericanos, nueva época*, ÉPOCA, núm. 44, julio-diciembre, (171-184).